

SEMBLANZAS CARTESIANAS

EDISON ARIAS A.

Se ha tejido en torno a la vida de Descartes una tan espesa maraña de interpretaciones y leyendas que suele ser bastante difícil formarse una idea clara de su perfil humano. Se le presenta, a las veces, como un hombre tranquilo, un tanto huraño, entregado a la meditación y devoto creyente de la fe, un “Descartes santo”; es la visión que nos ofrece H. Taine y sobre todo el profesor A. Espinas, quien nos entrega un Descartes falsificado en un increíble ejemplo de simplificación biográfica. Aun cuando dichas semblanzas parecen coincidir con la imagen tradicional que del filósofo, en general, se forma el hombre vulgar y corriente, esto es, la imagen de una especie de santón bondadoso, frecuentemente enajenado de la “realidad”, que habla de cosas áridas que a casi nadie interesan y menos aún entiende y poseyendo la mágica facultad de convertir a un lenguaje abstruso y difícil, para desgracia de sus lectores, lo cotidiano, fácil y obvio por añadidura. En suma, un estúpido inteligente a quien se debe mirar con cierto respeto, sentimiento que suele infundir lo extraño pero que se estima superior.

Por otra parte — yendo a extremos — M. Leroy en su “Descartes el Filósofo Enmascarado” nos habla de un enigma en la vida del filósofo francés, de una tragedia cartesiana, mostrándonos a un hombre inquieto, nervioso: “poseyendo nuestra nerviosidad” — la de nuestros días — un hombre que cambia constantemente de lugar, que en un mismo país — Holanda — busca los

pueblos más apartados y tranquilos y que en una misma ciudad — París — se muda varias veces de residencia a fin de escapar de la importuna asiduidad de sus amistades.

Interpretaciones asaz contradictorias parecen obedecer, en nuestra opinión, a una doble razón: Descartes, podemos decir, es el filósofo nacional francés por excelencia, no hay profesor o figura importante en la filosofía francesa que no haya comenzado con un estudio dedicado a la persona o a la filosofía de Descartes. Es el punto de referencia obligado del orgulloso nacionalismo cultural francés, que en esto parece sobrepasar a otros nacionalismos europeos de la misma naturaleza.

La variedad de interpretaciones parece provenir, además, del complejo y contradictorio perfil humano del filósofo. Es un caso semejante al de Sócrates, cuya polimórfica figura ha sido la piedra de toque no sólo para sus contemporáneos sino también para los historiadores de la filosofía, a tal punto que se ha llegado a afirmar que su adecuada comprensión encerraría la clave de la historia europea. Aun cuando Descartes, a diferencia del ateniense, nos ha dejado abundantes referencias suyas en sus escritos, especialmente en sus cartas, es difícil extraer de ellos una imagen coherente de su huido curso vital. Así como hay un problema socrático habría también entonces un problema cartesiano. Una prueba de lo anterior lo constituye la supuesta adhesión de Descartes a la secta Rosa Cruz, afirmada por unos y negada por otros, entre las últimas y más recientes investigaciones dedicadas a la cuestión tenemos las de H. Gouhier, quien sin embargo no logra esclarecer satisfactoriamente el problema (1).

No hay que olvidar, por otra parte, las condiciones históricas y culturales que le tocó vivir a nuestro filósofo, época cuyo sentido ha sido tan bien captado por Ortega y Gasset en unas lecciones que sobre Galileo dictara en 1933 en Madrid (2). Allí se sostiene que Descartes estaría como al final de un proceso histórico, cerrando uno y anunciando otro, de desorientación del hombre europeo, proceso al que habría llegado a causa de una

(1) H. Gouhier, "Les premières pensées de Descartes. Contribution à l'histoire de l'antirenaissance", Chap. VII. 1958.

(2) José Ortega y Gasset, "En torno a Galileo". Tomo V, Obras Completas.

paulatina pérdida del necesario contacto consigo mismo, de la mismidad, cayendo en una alteración que lo habría conducido directamente a un estado de desesperación, cuya expresión más típica y desagradable suelen ser los extremismos que consisten en reducir la vida a un punto, enfatizándolo desmesuradamente. Paralelamente, Descartes reobra simplificando, que es otra de las tendencias a que conduciría la desorientación, aun cuando esta vez con un sesgo más positivo.

En verdad, Descartes procede de esa manera en los distintos dominios del saber: Simplifica la notación matemática de su época, reemplazando los signos cósicos en uso por las letras del alfabeto latino, las primeras para las cantidades conocidas y las últimas para las cantidades desconocidas, más los signos de las cuatro operaciones aritméticas. Igualmente introduce los signos de las raíces cuadrada y cúbica, sin contar con su sistema de coordenadas que facilita grandemente la investigación.

Y en su intención de fundar una físico-matemática desecha una serie de nociones medievales tales como: alma, vida, potencia, acto, cualidad sensible, etc., en fin todo aquello que podía servir como barrera a su intención de matematizar lo físico. De la serie de movimientos distinguidos por la física aristotélica conserva nada más que uno: el movimiento local, de fácil matematización y que se define por el cambio de lugar. Por lo demás, su concepción puntiforme del movimiento está en estrecha dependencia de su teoría de la creación continua, teoría según la cual Dios crea instante por instante el mundo, es la razón por la que Bergson ha denominado a la teoría cartesiana como "una teoría cinematográfica del movimiento". Desde luego que un movimiento así concebido se presta admirablemente a ser localizado por un sistema de coordenadas. En una carta al P. Mersenne del 27 de julio de 1638 Descartes le explicaba que su "física no es otra cosa que geometría".

Análoga labor realiza en el ámbito de la biología con su concepción mecanicista de los animales-máquinas. De ese modo rechaza la distinción escolástica, de estirpe aristotélica, entre los seres naturales que tienen en sí mismos el principio de su propio movimiento, y los seres artificiales, producidos por la mano del hombre y cuyos movimientos les es impulsado desde fuera. Por lo tanto, todos los animales son meras máquinas, sólo que unas son más perfectas que otras. Si pudiéramos explayar en el espacio, como un ingeniero que proyecta en un plano una máquina cual-

quiera, veríamos, según Descartes, que los animales fabricados por Dios y por lo mismo más complejos, no presentan diferencia alguna respecto de los artefactos, desde luego más toscos, elaborados por el hombre. Resultando el espacio un modo de explicación de lo real. La biología cartesiana, entonces, se fisicaliza simplificando bastante así las cosas.

No obstante el éxito de la tarea cartesiana en un nivel teórico, pareciera sin embargo que en el plano de la acción concreta, los hechos muestran la tendencia a una complicación creciente en la vida de este gran hombre y a tal punto que se vio obligado a ser extranjero en tierra extraña, era la atmósfera de la época cuyo signo principal fue la intolerancia religiosa, agudizada por la lucha contrarreformista, que se ejerció principalmente a través de la Inquisición, como en los casos de Campanella quien permaneció cerca de 27 años en la cárcel por defender sus teorías y Galileo, condenado en junio del año 1633 a causa de sus descubrimientos científicos, todo lo cual sin duda repercutió en la decisión de Descartes de renunciar a la publicación de su Tratado del Mundo, obra en la cual había puesto tanto afán y tantas esperanzas y que contenía la exposición de su pensamiento físico, que entraba, desde luego, en pugna con la enseñanza oficial de la Iglesia. Intolerancia que por otra parte fue ejercida en Francia por el absolutismo político-religioso del célebre cardenal Richelieu, hombre intolerante en grado sumo, que incluso llegó a encarcelar en la Bastilla nada menos que a un místico, a un reformista como Saint Cyran y que persiguió a Corneille en su intención de someterlo a su poder nada magnánimo, lo que obviamente debió haber atemorizado en extremo al ya prudente Descartes. Tal vez, ello explique la determinación del filósofo de refugiarse en Holanda, país que había dado muestras de una mayor libertad en el orden de las ideas y que había aceptado las teorías copernicanas y donde aún se había pensado ofrecer asilo a Galileo.

Es claro que Descartes no adopta la actitud heroica de los italianos en la exposición y defensa de su pensamiento, influido quizás por su formación jesuítica en La Flèche, orden respecto de la cual siempre mantuvo una posición ambigua. Se sabe que Voecio, rector de la Universidad protestante de Utrech, lo habría calificado de "jesuíta silvestre". Todavía más, Revio se habría referido a las Meditaciones Metafísicas como a un libro de "teología jesuítica". Lo que indudablemente viene a aludir a

ese juego prudente lleno de reticencias e insinuaciones que acostumbra usar el francés en sus escritos, por eso es que la expresión "filósofo enmascarado" sea hasta cierto punto exacta para referirse a la huidiza imagen del pensador galo tanto como para el modo de manifestar su pensamiento. Respecto de eso último, F. Alquié en sus cursos de la Sorbona, ha afirmado la existencia de dos metafísicas paralelas en el sistema cartesiano: una que podría llamarse objetiva, constituida por la teoría de la creación de las verdades eternas y la teoría de la creación continua, la primera de las cuales contiene una doctrina que será mantenida casi sin variaciones por su autor hasta el final de su vida, fue expuesta por primera vez en dos cartas al P. Mersenne del 6 y 27 de mayo de 1630. Luego se le puede encontrar en 1641 en las Respuestas a las Objeciones a sus Meditaciones y finalmente en 1648 y 1649 en su correspondencia con Morus y Arnaud respectivamente; extrañamente no hay rastros de ella en sus escritos mayores. Ahora, en cuanto a la otra teoría, la de la creación continua, sólo aparece fugazmente mencionada en la Quinta Parte del Discurso y con ocasión de una de las pruebas que acerca de la existencia de Dios aduce Descartes en la Meditación Tercera y que por lo demás tiene interesantes repercusiones en su concepción del tiempo y en su teoría del movimiento, según tuvimos ocasión de ver anteriormente.

La otra metafísica orientada a lo subjetivo, una metafísica del sujeto, expuesta en sus obras mayores y que es más conocida que la anterior y constituyendo la columna vertebral de su pensamiento metafísico, vendría a ser como la toma de conciencia reflexiva de la primera, de tal modo que para conocer plenamente el sistema cartesiano es necesario conocer tanto la una como la otra. Pero ¿cuáles son las razones que tuvo Descartes para mantener una zona importante de su pensamiento en la semi penumbra de su correspondencia privada? Desde luego no nos satisface la solución ofrecida por M. Gueroult en el sentido de la ninguna mayor importancia de tal cuerpo doctrinal. Porque con la teoría de la creación de las verdades eternas a partir de Dios, inaugura Descartes su metafísica propia rompiendo con la escolástica. ¿Por qué procede de esa manera, entonces, en la exposición de su primer pensamiento metafísico original? En otras palabras y más explícitamente ¿por qué la coexistencia de esas dos líneas de pensamiento que permanecen casi sin tocarse, aunque la una pareciera representar como el anverso de la otra?

Acaso la respuesta a estas y otras cuestiones la podamos encontrar en el estilo de vida predominante en la época, estilo que se caracterizaría por un cierto "histrionismo histórico", según la certera expresión acuñada por Ortega y útil para explicarse muchas facetas oscuras en la vida y en los hechos de tantos hombres ilustres de los siglos XVI y XVII. Y no anda muy fuera de camino el pensador español al señalar el parentesco de esos siglos críticos para la existencia histórica del europeo con los tiempos en que vivimos; también ahora es posible observar un paulatino alejamiento del hombre de su centro espiritual más íntimo, el fenómeno de la alienación, así como una proliferación de los extremismos ideológicos, los que al radicalizar sus respectivas posiciones como las únicamente válidas tornan irrespirable cualquier atmósfera cultural y frente a los cuales el hombre libre debe moverse con una cautela y tino extraordinarios si no quiere verse aplastado por tan formidable máquina de estupidez humana concentrada, verdaderas fuerzas incontrolables en su expansión y entregadas a su propio azar. Son momentos realmente ignominiosos de la historia y a pesar de los cuales el espíritu humano sigue floreciendo en su eterno poderío (3).

De ahí que nos aliente la convicción de que el nuevo mundo cultural que contribuyó a crear Descartes y específicamente la concepción del hombre en él inserta, tienden a sobrepasar los circunstanciales límites de las épocas, que a modo de obstáculos siguen impidiendo el progreso espiritual del hombre y como sabemos donde no hay un adecuado desarrollo espiritual tampoco se puede dar un parejo desenvolvimiento de los anexos materiales, tan necesarios al primero.

Hay, pues, una cierta perennidad en el nuevo humanismo europeo del que Descartes dio los fundamentos más seguros, lo que ha inducido a pensar que en los orígenes del cartesianismo habría un punto de partida constituido por la falla de una

(3) Por espíritu humano entiendo aquí la capacidad creadora y de auto-determinación de los hombres de verdad que han sido, son y serán y no los autómatas a quienes es siempre posible insuflar ideas y movimientos desde fuera y que no obstante la seguridad con que parecen actuar, carecen de la suficiente espontaneidad de los primeros, semejantes a esas máquinas con aspecto humano que tanto maravillaban a Descartes y de las cuales encontramos abundantes referencias en sus escritos.

cultura (4). Por eso es que en la Primera Parte del Discurso del Método, parte autobiográfica, nos encontramos con una severa crítica a la formación humana de la época, sobre todo al contenido de esa formación. Así, el estudio de las lenguas clásicas, de la historia y de las fábulas de los antiguos encerraría para Descartes el peligro de separar al hombre no sólo de su tiempo sino también de la realidad.

El humanismo tradicional retórico-clásico sufre aquí una feroz arremetida y el estudio de las lenguas antiguas — griego y latín — es puesto en duda en su eficacia formativa tanto como la Retórica — elocuencia y poesía — que son más bien dotes del ingenio que frutos del estudio, “porque los que tienen más robusto razonar y digieren mejor sus pensamientos para hacerlos claros e inteligibles, son los más capaces de llevar a los ánimos la persuasión sobre lo que proponen, aunque hablen una pésima lengua y no hayan aprendido nunca retórica”, nos termina diciendo. Es curioso que Descartes siendo él mismo un gran estilista de la lengua francesa y manejándola como la manejaba opine de esa manera, es una lección que debemos aprender y sopesar muchos hispanohablantes, para no decir hispanopensantes, que solemos atender más al modo de decir las cosas que al contenido mismo de las ideas, resultando una nueva variación retórica, huera y vacía.

Y si las lenguas antiguas, la historia y las fábulas nos convierten en extranjeros de nuestro propio tiempo, los viajes comportan el mismo peligro al volvernos extraños a nuestro propio país, es otra advertencia que nos pone en la pista de la profunda sabiduría de este hombre genial, como si estuviese previendo a la distancia un gran problema nuestro y que afecta a un gran sector del mundo contemporáneo: no sólo la ‘emigración de cerebros’ como acostumbraba a decir la prensa de nuestros días, sino lo que es más grave: la deformante enajenación de los que se quedan, que es lo peor que puede ocurrirle a los países pobres, pobres de la peor de las pobreza, que es en definitiva la pobreza humana.

(4) Véase el estudio que al respecto consagra H. Gouhier a este punto en su “Descartes — Essais”. Cap. I, Nº 1, donde, por lo demás, se sostiene que las tres notas que definen la cultura, según Descartes, serían: la utilidad, la universalidad y la certidumbre; en verdad que es posible encontrar en Descartes la orientación práctica, propia de la moderna cultura europea, hacia una tecnología basada en una ciencia cierta.

Y termina el análisis de la Primera Parte del Discurso con las siguientes palabras, que debieran quedarnos resonando en los oídos a los que tenemos alguna responsabilidad intelectual en estas “pardas tierra”, y que dicen así: “Mas cuando hube pasado varios años estudiando en el libro del mundo y tratando de adquirir alguna experiencia, resolvíme un día estudiar también en mí mismo y a emplear todas las fuerzas de mi ingenio en la elección de la senda que debía seguir; lo cual me salió mucho mejor, según creo, que si no me hubiese alejado nunca de mi tierra y de mis libros”.

Y si no pensemos en el ejemplo de Kant que no necesitó salir de Koenisberg, el último rincón septentrional de Alemania, para elaborar el inmenso edificio conceptual de sus Críticas.